

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

cara y su singular hermosura, que es la dote y todo el tesoro de una mujer. Joseph se quedó con su gentileza; Catarina por salir victoriosa se condenó a vivir con una máscara fea y vieja y achinada. Joseph tuvo lugar de huir el riesgo; Catarina venció muchas veces las batallas de su honra impedida y maniatada. Joseph salió triunfante en una ocasión; Catarina permaneció constante y vencedora en una continua, larga y sangrienta guerra. Mereció Joseph que en todos los tiempos se celebre su victoria y su triunfo; pero los triunfos y glorias de esta esclarecida virgen con admiraciones sólo pueden el universo aplaudirse. Las aplaudió el cielo muchas veces apareciéndosele en las batallas Jesús y María, los ángeles y los santos, con palmas, ramos, rosas, flores y azucenas en las manos, siendo testigos de sus peleas y celebrando sus victorias con singulares alabanzas y calificaciones de la valentía y belleza de su alma. Como se verá en el discurso de esta historia.

CAPÍTULO 27

PROSIGUEN LOS TRIUNFOS DE SU PUREZA Y CÓMO FUE CASADA, VIUDA Y VIRGEN

1. Motivos con que le trataron un casamiento y turbaciones que causó en su alma esta propuesta

[317] Incomprensible y admirable es Dios en sus juicios, pues para fines altísimos escoge muchas veces medios al parecer encontrados. Decretó en la eternidad nacer de María Señora Nuestra desposada con san Joseph, conservando en el estado del matrimonio la pureza de la virginidad en entrambos. Decretó también sacar de entre los cambrones de la idolatría a esta prodigiosa niña para su esposa querida, conservando los candores de su pureza, como conservan su hermosura y fragancia la rosa y la azucena entre las espinas. Para este fin parece que entró en su pecho purificando y como espiritualizándole el corazón en la victoria de la sensualidad, que tengo referida en el capítulo antecedente. Y después de todo esto permitió el Altísimo que se casase, no por su voluntad, sino por dirección y mandato de sus padres espirituales. Pues casarse la que es virgen no es medio sino peligro para conservar la integridad del cuerpo y la limpieza del alma. ¿Qué fin tendría la Omnipotencia en que esta su esposa fuese virgen y casada? Esto quiere su Majestad que se ignore y que se reserve a su sabiduría

infinita. De los efectos podemos rastrear que el fin de Dios fue poner a su esposa en una terrible batalla, para que tuviese nuevos triunfos su gracia y se entendiese que podía más la sabiduría de Dios, que la malicia del mundo y del Demonio [Apostilla: Sapienciales 10], para que fuese ejemplo a todos los estados y para que se pareciera finalmente a María santísima en guardar su pureza en el estado de casada, viuda y virgen.

[318] Con la muerte del capitán Miguel de Sosa, de que hice relación en el capítulo décimo de esta historia, quedó Catarina libre y huérfana de padre (que como a tal reverenciaba y obedecía a su padrino), la llevó a su casa el licenciado Pedro Suárez, que había vuelto pocos años antes de Filipinas y vivió y murió en esta ciudad, con opinión de muy ejemplar sacerdote. Fue confesor de la venerable madre María de Jesús, religiosa del convento de la Concepción, y conservó familiar correspondencia con el venerable padre Luis de la Puente de la Compañía de Jesús, que en una de las cartas que le escribió le aseguró estaba en gracia de Dios, noticia que estimó mucho este su devoto correspondiente. En esta casa fue la mudanza del rostro de Catarina y la transformación de su corazón. Y viviendo consolada y alegre con los cotidianos favores y delicias que recibía de su divino amante, libre ya de las molestias de la carne, la puso Dios en un terrible conflicto para ostentar su omnipotencia y cómo y cuánto podía asegurar nuestra flaqueza en los mayores peligros en que nos pone, y que como conservó con su hermosura entre las ardientes llamas la zarza en que habló a Moisés el Altísimo [Apostilla: Éxodo 3], así había de conservar a esta su querida esposa entre incendios de muchas y varias tribulaciones la vida y la pureza, para mayor belleza de su alma y honra y gloria de la Omnipotencia, saliendo victoriosa en fuertes y multiplicadas batallas, que le sobrevinieron por medio de un casamiento que fue el hasta aquí y no más de sus tormentos.

[319] Dispuso o permitió la divina providencia, para ensalzar más a esta esclarecida virgen, que el dicho Pedro Suárez intentase casarla con un esclavo suyo llamado Domingo Suárez, que tenía en opinión de su amo y de toda la ciudad fama de muy virtuoso. A este su esclavo propuso el pensamiento y respondió muy contento que sí, porque era todo y aun más de lo que él podía desear. Pasó a manifestar su intento a Catarina, que quedó con la propuesta atónita y asustada. Y no fue maravilla, que aun los cielos, si fueran capaces de sustos y sobresaltos penosos, se asustaran, pareciéndoles que perdían un ángel en carne. Semejante propuesta causó turbaciones en la madre de Dios, aun siendo un ángel el que le propuso si quería ser madre. En este triste paso les acomodara yo a personas de pureza angélica,

los supersticiosos sueños e interpretación de algunos gentiles que decían o soñaban que cuando soñaba un hombre que lo crucificaban, en su fabulosa adivinación, era funesto anuncio e infausto pronóstico de que lo casaban. [Apostilla: Altemidoro libro 2, Capítulo 58]; porque lo mismo les parecía que era casar a uno, que crucificarle. Se puede traer a este propósito lo que refiere el padre Pedro de Ribadeneira [Apostilla: Padre Ribadeneira, Historia 3, Gerar.], de aquel nunca bastantemente alabado varón y sapientísimo maestro, padre Diego Laynez, segundo prepósito general de nuestra Compañía de Jesús, y es que siendo mancebo, sin letras, aún de gran candidez, oyendo aquellas palabras de Cristo: “El que quisiere venir en pos de mí, niéguese así mismo, y tome su cruz y sígame” [Apostilla: Mateo 16], comenzó a pensar cuál sería la cruz más pesada para él. Y pareciéndole que la más intolerable era el casarse, vino de aquí a dudar si estaba obligado a cargar esta pesada cruz para cumplir esta doctrina del Señor. Y recibió gran consuelo cuando entendió que no era aquel el sentido del evangelio. Respondió Catarina una y muchas veces que no, porque sólo Jesús era y había de ser su esposo. Pero una y más veces instó el licenciado Pedro, persuadiéndola con eficacia que este casamiento sería de mucha honra y gloria de Dios, porque juzgaba eran los dos muy apropósito para un colegio de niñas que se trataba fundar en esta ciudad de los Ángeles, aplicando a Catarina al oficio de madre o de ama de las niñas que se habían de juntar en el recogimiento y a Domingo que fuese el recaudero, comprador y cobrador de las rentas. Y con este pensamiento persistía en afligir a esta sierva de Dios, y no pudiendo persuadirla con porfía y eficacia al nuevo estado, se valió de sus padres espirituales para que la exhortasen y aconsejasen lo que él pretendía. Se logró su eficacia y parecieron bien sus razones a los confesores que en aquel tiempo comunicaba esta esclarecida virgen. Y así procuraron inclinarla y moverla al casamiento que se le proponía. Esta segunda propuesta, con el motivo de ser voluntad de Dios y para mucha honra y gloria del Altísimo, apretó más su corazón y le puso en una terrible turbación y conflicto; porque tenía por regla infalible Catarina gobernarse en las cosas de su alma por el dictamen de sus confesores, mirando su obediencia, como preceptos sus insinuaciones.

[320] Por otra parte, el propósito de conservarse en su pureza por respeto del divino esposo, juzgaba ser indispensable obligación. Y así por un lado y otro se hallaba convencida de la razón, sin saber a qué resolverse; porque le parecía que le mandaba Dios hacer lo que el mismo Dios le mandaba que no ejecutase. Replicaba a sus confesores descubriéndoles abier-

tamente su pecho, manifestándoles el estado de su alma, el discurso de su vida, la ocupación de sus ejercicios, la firmeza de sus propósitos, la ansia de sus deseos, los favores que había recibido del cielo en orden a conservar su integridad y limpieza, la obligación que tenía a Dios y a su santísima madre, la aversión a los desposorios humanos, los casamientos que había deshecho la providencia divina no con esclavos sino con libres y poderosos príncipes antes de la transformación de su rostro, argumentos todos para no admitir el estado del matrimonio que le aconsejaban; pero los confesores, o porque preocupados ya de los informes del licenciado Pedro Suárez, no daban oídos, ni examinaban como debieran los caminos de pureza por donde llevaba Dios a este espíritu, o porque permitía su Majestad que se cegaran a los fines altísimos de su omnipotencia, que sin mucha luz del cielo no pueden alcanzarse, o porque juzgándola en el andar de esclava, temían alguna ligereza y liviandad. Y así tenían por veleidades sus propósitos y persistían en que era conveniente que se casase para el consuelo del licenciado Pedro Suárez, para la quietud de su esclavo Domingo y para el bien común en las muchas niñas que se habían de recoger al colegio fantástico que fabricaban en el campo de sus imaginaciones, persuadiéndose todos, pegados a su conveniencia, que siendo gran labradora, cocinera y virtuosa, sería de mucho servicio de Dios su asistencia en el intentado colegio, sirviendo de madre y maestra a las niñas, si se casase con el esclavo Domingo.

[321] Con estas instancias de los padres de espíritu se hallaba la cándida paloma con el agua hasta la garganta, sin poder hacer pie en el diluvio de sus tribulaciones. Cuando ponía los ojos en Jesús, le parecía imposible poner a riesgo la honestidad que le había ya ofrecido. Cuando ponderaba lo que le aconsejaban sus ministros, le parecía imposible faltar a la obediencia, con que entre dos imposibles navegaba sin consuelo y vivía con dolores de parto y congojas de muerte. Semejante imposibilidad se le representó a María santísima, cuando le dijo el ángel que había de ser madre, siendo así que estaba obligada a ser perpetuamente virgen; y se venció este imposible con la obediencia, porque determinándose a que se hiciese en ella la voluntad del Altísimo, venció con la obediencia el imposible. Así sucedió a Catarina: se determinó a obedecer a Dios en sus ministros, dejando a su Majestad el modo y la defensa de su pureza, y le dio Dios por obligado a lo uno y a lo otro. Porque estando en esta perplejidad Catarina, clamando y pidiendo luz al cielo, arrancando de lo último del pecho ardientes suspiros, toda bañada en lágrimas, dijo: “Mi dios, mi rey, mi señor, mi padre y todo mi bien, favorecedme y alumbradme; porque yo no sé cómo ejecutar vuestra voluntad,

ni conozco vuestros caminos, ni entiendo vuestros divinos consejos. Yo no rehúso el ser esclava de vuestros esclavos, no me acobarda la pesada cruz y cargas del matrimonio, el uso sólo me arredra como incompatible con la virginal pureza que os tengo ofrecida. Yo he de morir virgen y por mi virginidad padeceré mil muertes, pues ¿cómo me he de casar y más con hombre tan corporal y rústico, que sólo parece mira al conyugal uso? ¿Qué incompatibilidades son estas, señor y esposo mío? ¿Son prueba de vuestro poder o de mi flaqueza? Por una parte, me mandáis obedezca a vuestros ministros y ellos dicen que me case; por otra parte tenéis aceptada mi promesa y mano de virgen esposa, que no se compadece con este casamiento. Yo no sé qué hacerme. Haga pues, Señor, cada uno lo que le toca: a mí me toca obedecer, como esclava vuestra; y a vos, como único esposo y amor mío, os tocará guardarme intacta para que os guarde yo inviolable la fe y pureza prometida, mirando en ella por vuestra misma honra”.

2. Cómo se efectuó el casamiento; crecieron las tribulaciones y alargó Dios la vida a su marido, por su intercesión y el contacto de uno de sus escapularios

[322] En este mar borrascoso de lágrimas, sollozos y suspiros, levantando su asombrada pureza a cada imaginación, una tempestad y un naufragio a cada pensamiento, pareciéndoles estaba dormido su divino piloto y esposo, como en otra semejante ocasión con los apóstoles: “Y la navecilla de su alma cubierta ya debajo del agua, se juzgaba naufragar y que se iba a pique” [Apostilla: Mateo 8]. Y el Señor dormía o se hacía el dormido para despertar ostentando más su saber y poder. Así, en medio de esta desecha tempestad, le alumbro Dios a Catarina un medio usual para componer aquellos dos imposibles extremos, asegurando su pureza sin faltar a su obediencia; y fue convenirse y pactar con Domingo que ella se casaría y serviría como esclava en todo lo que no tocase a su pureza virginal, con expresa condición de que habían de vivir juntamente castos. Con este pensamiento se sosegó la invencible virgen y constante obediente, pareciéndole (con superior juicio a su inteligencia) que contraído en esta forma el matrimonio, obedecía a los confesores, admitiendo por marido a un esclavo y dedicándose al cuidado y servicio del colegio que nunca llegó a fundarse, y guardando su virginidad, fe y palabra de esposa que había dado a Jesús. Propuso a Domingo esta su resolución y condición, y él se dio por contento y respondió que se hiciese así el casamiento. Con este presupuesto se celebró a primero de mayo de mil seiscientos y veinte y seis años, con mucho gusto de los casados y consuelo

de los casamenteros; pero se les agrió el contento presto porque declarada con sus mismas diferencias la forma y condición con que se había efectuado el casamiento, volvieron a alborotarse las olas de la tribulación, sin esperanzas de bonanza. Reconocieron los árbitros la nunca oída condición y suponiendo (como entonces se opinaba por lo común) que era incompatible con el verdadero, dudaron del valor de éste y de la suficiencia del sí y consentimiento de Catarina, que se estaba siempre inmóvil en su resolución y que de otra manera que rozase su pureza, antes se dejaría hacer pedazos que casarse. Domingo replicaba que él no había entendido lo que le propuso Catarina antes de la celebración del matrimonio. La esclarecida virgen se estaba fija en que había dado el sí para el casamiento porque suponía que le había de guardar la palabra que él le había antes dado y cumplir la condición precisa de vivir castos.

[323] Se llevó el pleito a los casamenteros y a otros hombres doctos que habían examinado las palabras y las intenciones; juzgaron el punto por difícil e inaudito [de la madre de Dios abajo], y aunque no lo es, viendo el pleito tan mal parado y enmarañado, se hicieron afuera, dejando a los contrayentes en una trabada guerra civil y domestica continuada por muchos años, defendiendo cada uno el derecho que les favorecía. Y Catarina inviolable el de su virginidad, sacándola siempre victoriosa a pesar de todo el infierno, el que sacó triunfante a la santa Judith de entre los ejércitos enemigos [Apostilla: Judith 13], y del lado de un hombre bárbaro, valiente y desalmado, con tales y tantos portentos y repetidos prodigios, que Domingo no podía negarlos; pero abrasado con el fuego voraz de su amor, turbada la razón con las negras humaredas de su apetito, irritado continua y poderosamente con la presencia de su esposa y ocasiones repetidas de usar del matrimonial derecho que le parecía constante, se consumía pasto vivo de su mortífera llama. Pero el Señor, que celaba a su esposa, la guardó ilesa e intacta en aquel mar de llamas infernales y tormentas diabólicas, con otro mayor de divinos prodigios, custodias angélicas y celestes milagros. Veía el ciego Domingo las maravillosas apariciones del cielo en su esposa, y otra vez ciego sobre su amor, con el odio de su frustrado apetito, atribuía todas aquellas maravillas que experimentaba a hechicerías y arte diabólica, clamando se hacía en el nombre de Belcebú, príncipe de los demonios, no en el de Jesús; como los fariseos que pasmados con los estupendos milagros que obraba Cristo, atribuían sus obras al príncipe de los demonios. Al mismo atribuía Domingo las que obraba Jesús en su esposa y por eso la llamaba y trataba de hechicera y bruja, cuando debía reverenciarla como a templo

virginal del Espíritu Santo y sagrario de toda virtud en quien resplandecía la divina del omnipotente poder del altísimo Dios, que por sí y por sus ángeles y santos la defendían en estas borrascas, para que se acrisolase como el oro entre las llamas y resplandeciese su pureza como rosa, azucena y flor del campo de sus más sangrientas batallas, entre las espinas de su asedio y continuos asaltos.

[324] Lloraba amargamente su desdicha el recién desposado y vivía muriendo sin esperanzas de consuelo; mucho más padecía Catarina, porque sobre los temores y fatigas que resultaban de la continuada lucha en que conservaba constante su derecho y los esplendores de su honra, la atormentaba su caridad compasiva, viendo a su consorte afligido y desconsolado, sin poder aliviar sus penas, ni templar sus congojas. Le servía como fiel esclava, lo acariciaba como madre, lo regalaba como reina, vendió sus joyas y preseas para libertarle, lo asistía como pudiera la más fina amante para endulzar sus aflicciones y amarguras, concurriendo Dios con milagros al afecto caritativo de esta su sierva. Un día sobrevino a Domingo un mal de corazón tan rabioso y violento, que no podía sujetarle ni impedir el que se hiciese pedazos. Se afligió notablemente Catarina de ver penar a su marido con tan rabiosas congojas. Llamó al confesor, pero el enfermo estaba tan desatinado que no daba lugar a que el confesor hiciese su oficio. Creció con esto la pena en esta piadosa mujer y celosa de la salvación de Domingo, clamó al cielo, se ofreció ella a padecer aquel violento dolor porque pudiese confesarse el doliente. Y con esta caritativa oferta se quitó uno de los escapularios interiores que traía y le puso sobre su marido enfermo. Y luego al punto, con admiración de todos los presentes, cesó el accidente de Domingo Suárez y se pasó y duró en Catarina todo el tiempo que duró la confesión; y acabada ésta, se quedaron los dos libres del dolor que sucesivamente les atormentaba. Digo uno de los escapularios porque traía muchos: el de la tercera orden, el de Nuestra Señora del Carmen, el de la Santísima Trinidad, el de Nuestra Señora de la Merced, y otros de los cuales hizo en su ancianidad un envoltorio que traía en una de las mangas anchas que usaba por la parte superior del brazo; porque como andaba tan hambrienta de indulgencias, gracias y favores del cielo para ayudar a los pecadores y a las benditas amins del purgatorio, no la satisfacían las gracias de un sólo escapulario.

[325] Me pidió muchos años ha licencia para ponerse un escapulario de nuestro padre san Ignacio. Le respondía que nuestro santo padre, ni en vida ni en muerte había repartido escapularios. Me replicó: “¿Pues cómo los da a muchas de las hijas que tiene en esta ciudad?” Con esta ocasión y

replica de Catarina, averigüé que estaba introducida esta piadosa invención de traer las mujeres y los hombres devotos de san Ignacio nuestro padre y del señor san Pedro, escapularios de estos dos santos gloriosos; y que experimentaban muchos favores y mercedes del cielo, concurriendo el poder de Dios con la fe y devoción de sus criaturas. Con esta noticia y nuevas instancias de esta sierva de Dios, por consolarla en materia de hábito interior, que no está expuesto a inconvenientes, cedí a esta nueva invención y le di la licencia que me pedía, y con ella se le puso con la divisa de un Jesús y una efigie de nuestro santo padre; y con este escapulario, como con todos los demás, obraba la Omnipotencia prodigios y maravillas.

3. Igualdad de ánimo con que sufrió el martirio de los celos, conservando su pureza con prodigios y auxilios del cielo en compañía de un hombre loco y furioso sobrececeloso

[326] Todas estas beneficencias que experimentaba Domingo no fueron suficientes para mitigar sus penas y aflicciones, ni para reducirle a que desistiese de su pretensión. Y así trató Catarina de entrarse en el convento de Santa Teresa, y conseguido el beneplácito de las esposas de Jesucristo, que estimaban mucho a esta esclarecida virgen, lo deshizo su marido humillándose, pidiendo y prometiendo vivir con ella en paz y concordia, y servirle como esclavo, pues le había libertado. Pero no fue esta humillación sino para multiplicar en su esposa las coronas con nuevos y multiplicados martirios. No había leído Catarina la Biblia Regia que nos advierte: “Que, si tal vez viéremos venir a nuestros pies rendido, humilde y postrado en tierra al que nos aborrece, que nos guardemos de él; porque cuanto más se humilla, más nos engaña. Cuanto más halagüeño se nos muestra en el semblante, tanto con más malicia trata vendernos” [Apostilla: Eclesiastés 12]. Por eso le dio esta sierva de Dios crédito y se fio de su engañosa humildad y cariñoso rendimiento; se descubrió luego (ya que no fuese de su envenenado corazón y sentimiento) que fue traza con que procuró por otro camino rendirla a su voluntad o desahogar su pasión con más afligirla. Determinó agraviarla haciendo gala de que ya no le había menester, por haber hallado otra más de su gusto, de la cual tuvo una hija que llevó a su casa para que la criase Catarina, como la crio, sustentó y sufrió con muchos hijos que tuvo después, hasta dejarla en su muerte por heredera de su ropa y pobres vestidos. Llevaba estos agravios la esposa de Jesucristo con un silencio sufrido y con una inimitable prudencia. Y este mismo silencio paciente y disimulo

cuerdo de Catarina, le servía a su marido Domingo de cebo para que fuese en aumento el aborrecimiento que le había cobrado, persuadiéndose incapaz dos veces y desatinado, que pues no se quejaba su esposa, ni sentía los agravios de su marido, no podía dejar de tener puesto en otro hombre el amor.

[327] De aquí tomó ocasión este tosco amante para atormentarla como esposo ofendido; y no digo esposo celoso, porque donde no había amor no podía haber celos. Y este zafio y soez esclavo Domingo, desde que reconoció que su esposa era virgen invencible, no parece que la amaba tanto, cuanto la aborrecía. Otros dijeron que, en este tiempo, padecía una confirmada melarchía Domingo; y si esto fue así, fue sin duda el tema de su locura celar a Catarina como enfurecido amante o como enemigo ciego y alevoso. Los agasajos que ella le hacía se convertían en agravios y las caricias en desprecios, verificándose lo del esposo que hablando con la otra alma santa dijo: “Que los celos eran duros como el mismo infierno”; [Apostilla: Cantares 8] porque así como aquel lago de fuego infernal es inexorable y de tal dureza que no se mueve, ni se puede inclinar a misericordia, por más lágrimas, dadas, ni ruegos que se le pongan a la vista, así el hombre celoso siempre vive con una rabia inextinguible, sin que le muden ni templen cariños, ni beneficencias. Adolecía este bronco marido del dicho infernal achaque y por eso no se apagaba el fuego abrasador que le consumía, con los cariños, agasajos e inocencia de su consorte. Y en esto se mostraba su dolencia más cruel y más dura que el infierno; porque este sólo tiene poder y actividad contra delincuentes, pero los celos que abrasaban el corazón de Domingo tenían poder, rabia y coraje para vengarse y desahogarse con atormentar a una inocente, que a él ni a Dios ofendía. Y se hacía más intolerable este martirio cuanto era Catarina la agraviada con desprecio del mismo agresor que la martirizaba, venciendo a un tiempo su paciencia y cordura dos infiernos o dos celos, los propios que ella disimulaba prudente (aunque muy sensibles por verse despreciada y agraviada de su marido, y más por ver ofendido a su divino esposo) y los celos de su marido, que sufría con una invencible constancia.

[328] Pretendió, para paliar sus locuras, desacreditar la honestidad de su esposa; y mostrándose insaciable su ira y su venganza, intentó loco o celoso quitarle muchas veces la vida. Él mismo eraregonero y testigo de los portentos y prodigios que obraba la Omnipotencia en defensa de la honra y vida de su sierva; porque decía Domingo que era su mujer tan grande hechicera, que al irle a matar, despedía de sí, aun dormida, tales y tantos resplandores y rayos de refulgente luz, que le quitaba la vista, ofuscaban más

la razón y le herían de tal suerte el corazón que se veía obligado a retirarse aturdido. Y que otras veces al querer descargar el golpe, sentía una fuerza superior que le detenía el brazo y le obligaba a despedir de la mano los cuchillos que llevaba prevenidos y afilados para el alevoso degüello. Padebió finalmente todo lo que se puede discurrir de un hombre rústico y furioso, o por celoso o por loco, para que el mundo tuviese más qué admirar en los juicios y disposiciones de la providencia divina; como las admiró en el otro santo Joseph, cuando permitió fuese vendido por esclavo para que reinase en Egipto, no porque no le pudiera dar Dios esa honra sin aquella bajeza, sino porque quiso su Majestad que con su paciencia descubriese y manifestase al mundo las virtudes que tenía en sí Joseph encubiertas. [Apostilla: Génesis 37] Así discurro yo que se hubo con Catarina la Omnipotencia. Permitted fuese vendida por esclava, y que ya libre, se casase con un esclavo, no para que reinase en la tierra, que este reino por herencia se le debía, sino para que fuese reina entre las flores de la Iglesia y lucero entre las estrellas del empiro, manifestando en el teatro del universo las perfecciones que tenía Dios en ella encerradas, con la paciencia en multiplicados tormentos y martirios que le ocasionó el casarse con tal bajeza, no por su gusto, no por su errado juicio, sino por el parecer de sus confesores y por la voluntad de Dios, manifestada e insinuada a su esposa Catarina en los consejos e insinuaciones de sus ministros.

CAPÍTULO 28

PROSIGUEN LOS TRIUNFOS DE SU INVENCIBLE PACIENCIA EN EL ESTADO DE CASADA

1. Muerte y salvación de su marido; experimenta nuevas tribulaciones y cruces y sácala Dios bien de todo por medio de la imagen de Jesús Nazareno de San Joseph

[329] Al martirio de los celos permitió Dios que se juntasen otros más crueles y más intolerables. Porque después que libertó a su marido, se entró en él la codicia y escogió el oficio de tratante para llegar a ser mercader de los gruesos; y aun para esto se valió de Catarina, rogándole le alcanzase un mandamiento de amparo del señor arzobispo virrey, para tratar y contratar en estos reinos; y se lo consiguió haciendo bien a quien la trataba

mal. Como consta de la carta siguiente, que para en mi poder entre otras del venerable padre Juan de Sangüesa de la Compañía de Jesús, digno de estamparse con los varones ilustres en la historia de esta nuestra Provincia de México por sus letras y santidad, y fue uno de los primeros que guiaron a esta esclarecida virgen; y siendo actualmente rector y maestro de novicios en el Colegio de Tepozotlán, escribió a su marido lo que se sigue: “Hijo Domingo, te remito este mandamiento de amparo del señor arzobispo virrey, [que según la fecha de la carta, era el ilustrísimo, excelentísimo y venerable señor don Juan de Palafox y Mendoza, benefactor y muy cuidadoso pastor de esta su querida oveja] en que se manda a las justicias de toda la Nueva España, so graves penas, te dejen tratar y contratar libremente en todos los lugares de ella. Goza de él en buena hora y mira que el trabajo que he tomado en sacar este mandamiento ha sido grande, y a fin de que asistas a tu mujer Catarina de San Juan y puedas pagar tus deudas. Por amor de Dios te pido Domingo, hijo, que trates bien a tu mujer Catarina, pues te lo merece ella con su buena y santa vida y lo mucho que te quiere y desea tus aumentos. Yo te alcancé este mandamiento precisamente por su respeto; y así por esta causa y por lo que debes a cristiano, que la quieras y estimes como es razón en que me darás mucho gusto y me pagarás algo de lo mucho que te he querido. Dale a tu mujer Catarina mis encomiendas y que le ruego pida a nuestro Señor me tenga de su mano y me haga un gran siervo suyo. A Dios, que te guarde como deseo. Tepozotlán, y agosto seis de mil y seiscientos y cuarenta y dos años. Juan de Sangüesa.”

[330] Con este favor y merced comenzó a tratar y contratar Domingo con tanta libertad como pudiera si el rey y su Real Caja fuesen sus fiadores, y este atrevimiento o arrojo sin fundamento castigó Dios permitiendo que a los dos años quebrase con cantidades de hacienda y se escondiese, viviendo más en los montes que en poblado, de donde recurría a su caritativa esposa y se valía del sudor de su rostro y obras de sus manos para sustentarse, y de algunas limosnas que le hacían sus bienhechores para componer parte de sus deudas; y finalmente por medio de ella consiguió que los demás acreedores le hiciesen alguna espera, y con esta diligencia se volvió a la casa de su esposa, que le asistió, sirvió y regaló como pudiera otra mujer estimada y querida de su consorte. Pero no hallando quién le fiase, escogió ser demandante de Nuestra Señora de Guadalupe, y corriendo con su demanda hasta la Veracruz, murió en ella; y Catarina le vio en carrera de salvación y le ayudó con oraciones, lágrimas y penitencias a salir del purgatorio, perseverando constante en padecer por él, hasta ver entrar su dichosa alma gloriosa

en el cielo. Con la muerte de Domingo se renovaron furiosas las borrascas contra Catarina, por haber recurrido a ella algunos de los acreedores, persuadiéndose de que tendría bienes escondidos; y estos la amenazaron con cárceles y con la muerte si no les manifestaba y pagaba. Esta tormenta fue una de las que más atormentaron el pecho noble y desinteresado de Catarina. Se hallaba pobre porque todo lo había consumido el difunto y la herencia fue el que la calificase el mundo por ocultadora de bienes y el verse amenazada de prisiones y de la muerte, que sentía no por la pena sino por la causa, deseando padecer mucho más, pero por sólo Dios.

[331] En esta tribulación se arrojó afligida a los pies de Cristo crucificado y prorrumpió tierna en estas amorosas quejas: “¿Qué es esto, Dios mío? ¿Por qué se ha vuelto contra mí vuestra divina justicia? ¿Por qué se ha retirado vuestra piedad y misericordia? Desde que salí de mi patria he andado como prisionera y muchas veces aprisionada con sogas, con hierros y con todo género de prisiones para agraviar mi entereza y quebrantar mi constancia, que ha salido victoriosa con vuestro poder y gracia. En vida de mi marido me habéis tenido Señor con una tribulación continua, permitiendo repetidas y fuertes batallas contra mi honor y contra mi vida, peligrada entre las furias de un esposo loco y celoso. He sufrido sus sin razones, sus agravios y sus injusticias; y ahora que con su muerte había de estar en quietud y descanso mi alma, para agradeceros el haberme librado tantas veces de la muerte y sacado triunfante entre tantos riesgos y peligros mi honestidad, ¿permitís se enfurezca otra vez el mar con otras bravas y furiosas olas, para anegarme y perderme? ¿Por ventura yo me casé por mi gusto o por el dictamen de vuestros ministros? Pues si en esto hice vuestra voluntad santísima, ¿cómo me dejáis fluctuar en el piélago de tantas tribulaciones? ¿En qué os ha ofendido este corazón, que os adora? ¿Qué es lo que ha hecho para que así lo aflijáis, bien mío?, si como ingrata criatura no he correspondido a vuestros beneficios, si no os he guardado la fe de esposa, si he faltado a la lealtad que debía... Aquí me tenéis dulcísimo dueño. Muera yo, pero muera de una vez y no de tantas. Mirad Señor, que ya me faltan las fuerzas, ya el corazón desfallece entre desmayos y congojas de muerte, ¿qué queréis que haga, mi redentor, mi padre y mi dios? Pero ya sé Señor lo que tengo que hacer para satisfacer por el difunto y por mis culpas. Yo me ofrecí por esclava de los esclavos de vuestra santísima madre, hasta ahora lo he sido de mi esposo; ya muerto, me venderé por esclava de sus acreedores. Voy Señor a ejecutar mi promesa”. Y diciendo y haciendo se fue de casa en casa de los acreedores de Domingo y les decía: “Señores, vengan vuestras mercedes

por todos los trastes y alhajas que han quedado en mi poder, háganse pago con ellas, y por lo que restare de las deudas de mi marido, véndanme a mí; y si no hallaren quién me compre, yo me obligo a servirles como esclava hasta que se den por satisfechos”.

[332] Este acto de Catarina fue tan precioso en los ojos de Dios, que apareciéndosele en forma de la imagen de Jesús Nazareno de San Joseph la miró piadoso y compasivo, diciéndole: “Que iba en su compañía a ayudarla a salir de aquella tribulación”; y lo mostró bien el efecto, porque al llegar Catarina a ofrecerse por esclava a los acreedores, movidos de una interior fuerza y suave (aunque muy eficaz) violencia, quedaban estos tan edificadas y atónitos de la grande caridad de esta sierva de Dios, que no sólo perdonaban las deudas, sino que ofrecían ayudarla a componer las demás con sus propias haciendas. Sólo uno le dijo con desabrimiento que no quería su servicio sino que le pagase lo que se le debía, jurando por la virgen María que se lo había de pagar sin perdonarle un medio. Oyendo Catarina jurar por la virgen María, le dijo: “No jure Señor el nombre de María sin necesidad. Y ya que ha jurado, porque sea ese juramento verdadero, yo prometo pagárselo todo por entero”. Y saliéndose de su casa, se fue a la del capitán Manuel de Orrego y le pidió prestados sesenta pesos, que eran los que este acreedor decía que se le debía; y el dicho capitán se los dio dados y con ellos satisfizo enteramente al que había hecho juramento de cobrar hasta el último maravedí lo que se le debía. Lo pesado de esta cruz o de este casamiento de Catarina con un soez esclavo, pedía ponderación dilatada para que se descubriesen las virtudes de esta esclarecida virgen, en la relación larga de las riñas, peleas, pesadumbres, pleitos y martirios que sufrió por defender su honra y obedecer a Dios en sus ministros. Pero bastantemente lo manifestó el Señor con los favores singulares que le hizo para acreditar su constancia y la belleza de su alma en la tierra y en el cielo; y son algunos los del capítulo siguiente.